

EL VIRUS PUEDE MATAR LA ESCUELA...SI LAS MESTRAS Y LOS MASTROS NO IMAGINAMOS LA CURA¹

Jaume Funes

En medio de la crisis generada por la complejidad cambiante de la pandemia del covid-19, la escuela y sus profesionales tienen que hacer frente a un horizonte inestable, que cada día genera nuevas contradicciones y retos. Cuando ya estamos en mitad del mes de mayo (en pleno tercer trimestre decíamos antes) ya tenemos que dar respuestas, al menos, a tres cuestiones inmediatas y urgentes: a) si el alumnado tiene que pasar del confinamiento a una realidad de verano sin escuela hasta septiembre; b) si tiene sentido abrir la escuela para algunos ciclos, singularmente la escuela infantil; c) bajo qué parámetros tenemos que empezar a planificar la escuela del curso próximo. Las tres cuestiones, complementadas día a día por nuevos y diferentes parámetros de una realidad en movimiento.

Cuando las respuestas olvidan para que sirve la escuela y que quiere decir hacer de maestro

Estos y otros muchos interrogantes necesitan respuestas de quienes cada día hacen escuela (no solo ni principalmente de las autoridades sanitarias, ni de las educativas). No nos sirve cualquier respuesta y no podemos aceptar las que algún sector de nuestra profesión está dando. Singularmente, estamos recibiendo respuestas que tienen dos formatos muy peligrosos. El primero, agrupa respuestas que continúan pensando en la escuela que teníamos antes y tratan de amoldarla a aquello que los protocolos de salud de cada momento dicten (si dicen que no puede acudir todo el mundo, ocupan las clases a la mitad y que vayan viniendo por turnos; reduciremos "ratios" y haremos lo que hacíamos, pero con mesas y sillas vacías). El segundo grupo de respuestas tiene como característica olvidarse de para qué tiene que servir la escuela. Después de haberla puesto al servicio de los intereses socioeconómicos pasan a definirla tanto solo a partir de pautas epidemiológicas (abrir una clase de p3 y no permitir que se den abrazos o querer hacer de educadora con mascarilla).

Superado el tiempo de la crisis traumática (espero que pronto) hay dos actitudes a construir y mantener: la defensa de la escuela como contexto vital imprescindible para cualquier niño y adolescente; la obligación de volver a imaginar la eterna nueva escuela desde parámetros nuevos, para una realidad que es en buena parte nueva. Y estas dos actitudes comportan pensar, de nuevo, qué aporta a un niño estar en la escuela (cuando todo a su alrededor ha entrado en crisis y cuando, en muchos casos, su familia ha pasado a subsistir de maneras mucho más difíciles). Comporta aceptar que todo lo que hacíamos hasta ahora puede ser modificable. Todo. También los horarios, las dedicaciones, los encargos, etc.

Pero, volvamos a los tres grupos de preguntas del momento con las empezaba el artículo: los niños i niñas pequeños, la escuela de septiembre y el verano. Desconcertado

¹ (Traducción del texto publicado en el diario de [Rosa Sensat](#)) (adolescencias@jaumefunes.com)

como cualquier profesional de la educación, miraré de articular propuestas para construir juntos las respuestas. Ordenaré las ideas en siete grupos temáticos:

1. De la profilaxis de la infancia a la profilaxis de la escuela
2. Los espacios de la pequeña infancia como compensadores de vacíos y obsesiones familiares
3. Las evidencias educativas entre las otras evidencias científicas (no tan ciertas como dicen) o las didácticas en tiempos de virus
4. Cuando todo puede ser aula y la vida de la escuela se desarrolla fuera de la escuela
5. Las dimensiones digitales y virtuales activas de la escuela y las trampas de la docencia a distancia
6. Recuperar la construcción del acompañamiento educativo compartido con los profesionales del territorio
7. Pensar cómo tendría que ser un verano de transición.

El relato será largo, por lo que he distribuido el cansancio lector en tres partes

Haré primero dos advertencias. La primera, obvia, recordar que la escuela y la infancia son muchos y diferentes ciclos escolares y muchas y diferentes etapas evolutivas. Nada de lo que escribiré tiene que leerse como literalmente válido para todas las etapas. Me referiré globalmente a todas, con algunas concreciones específicas. No hablaré para nada de los bachilleratos (a pesar de ser un ciclo necesitado hace tiempo de una profunda reforma, no quiero entrar ahora) ni de la postadolescencia.

La segunda advertencia, tiene que ver con las familias, con los grupos familiares. Todas las reflexiones pasan siempre, también, por ellas. Quizás el primero gran descubrimiento de la escuela confinada es que ya no podemos hacer escuela (ningún tipo de escuela) sin poner entre los objetivos diarios, entre las magnitudes proporcionales y la frase compuesta, el trabajo educativo compartido con las personas adultas del hogar de cada alumno.

I. INFANCIAS Y FAMILIAS SIN ESCUELA

La infancia y la escuela higienizadas

La infancia, en todo el mundo, continúa siendo víctima de sus adultos. Enferma y muere por condiciones de vida y dolencias que la sociedad adulta podría evitar. En nuestro mundo más próximo, representa un grupo pequeño (con la “producción” autóctona de niños no llegamos ni a sustituir a las personas muertas) que con mucha facilidad acaba siendo sometido a la hiperprotección y el abandono. La crisis en la que vivimos, también, los ha situado de manera singular (cierta o no) en la cadena de transmisión de la enfermedad.

Ahora, necesitamos evitar que, como todas las crisis anteriores, no sean la primera víctima. Habrá que recordar algunas de las variables que conforman una preocupación

sensata y justa por los niños y adolescentes. Pero, tendremos que empezar recordando que existe la perspectiva de infancia. En medio de la crisis más intensa era perdonable tener tan solo una visión adulta, ahora ya no. Estamos obligados a ver desde sus miradas, sus argumentos, sus necesidades.

La salud no es ni principal ni únicamente una variable biológica. La salud tiene dimensiones emocionales, se construye a partir de vivencias de seguridad, de experiencias de satisfacción, de gestión de los malestares. El sistema nervioso se desarrolla con abrazos. Vivir entre miedos y soledad es una garantía de futuras vidas trastornadas. La vida saludable se aprende y, cuando ya llegan a la adolescencia, consiste en aprender a gestionar los riesgos.

Un espacio infantil no puede ser un autoclave, un lugar esterilizado y aislado. No infectarse no puede ser un meta a conseguir a costa de evitar toda relación. Estas experiencias pueden ser prescindibles (limitadas) para las personas adultas, pero no pueden desaparecer de las vidas infantiles. La esencia de la educación es la mezcla, la interacción entre iguales, la vida compartida (podemos limitar el encuentro de madres a la puerta de la escuela o individualizar las entradas y salidas, pero no las diferentes formas de encuentro dentro).

Tendremos que acotar el número, la composición de los grupos, los tiempos que pasan juntos, las formas intensas de higiene, de forma que las variables del contagio asociadas a la vida social puedan estar en un nivel básico de control. Pero, si van a la escuela es para interactuar y si los enviamos a la escuela es para que tengan vidas con más experiencias que las familiares, adultos maestros que gestionan de diferentes maneras las incertidumbres de la vida. (Somos profesionales de la relación que no exigimos primero una seguridad laboral que impediría nuestra influencia).

Todas estas reflexiones necesitan pedagogía pública, explicaciones sistemáticas a los grupos familiares. Si no lo explicamos a fondo, algunos padres y madres pedirán pronto control y seguridad por encima de toda otra consideración. Querrán espacios “desinfectados”, compañeros de clase limpios de toda dolencia y maestros asépticos. Si las escuelas ya son hoy espacios de desigualdad y segregación, en un futuro próximo la lista de compañeros no deseables que no tienen que convivir con el hijo perfecto y “limpio” irá en aumento.

Y, al final, estamos obligados a pensar en la escuela de barrio (de pueblo), de comunidad delimitada, que puede conocer las influencias de grupo, también las relacionadas con la salud. La primera variable que ha puesto en crisis la pandemia ha sido la de la movilidad. ¿Dónde queda aquello de escoger escuela donde los padres quieran, sin considerar la proximidad? Siempre fue importando la escuela próxima. Ahora pasa a ser imprescindible.

Niños que necesitan ser “guardados”

¿Por qué es especialmente urgente reabrir la educación infantil, especialmente el primer ciclo? De entrada, porque para todos los niños y niñas, incluso para aquellos que

la intensa convivencia familiar de estos días ha estado totalmente positiva, necesitan urgentemente nuevas perspectivas y compañías, volver a comprobar que el mundo no se acaba en casa, compartir aquello que han aprendido y aprender de otro modo.

Pero, también, muchos necesitan algunas liberaciones y compensaciones. La familia más implicada siempre acaba siendo un mundo cerrado y sus hijos e hijas necesitan ventanas liberadoras. Las carencias existen en muchas vidas y la escuela, inexistente en buena parte estos días, no las ha podido compensar. Una crisis no puede agudizar desigualdades con nuevas privaciones de oportunidades. Además, sabemos que son las experiencias educativas tempranas las que determinan las diferencias de éxito posteriores (la crisis no puede justificar futuros desastres) y muchas tienen su momento oportuno, no servirán después.

Finalmente, sabemos que el virus viene acompañado de empobrecimiento familiar y genera vidas infantiles empobrecidas. No podemos privar de dinero, privar de dedicaciones familiares, privar de oportunidades educativas esenciales que solo pueden recibir respuesta fuera de la familia. Como siempre ha sido, la educación infantil está al servicio de hacer posible la infancia para la diversidad de niños y niñas, especialmente para aquellos y aquellas que la vida les niega el presente y el futuro.

Que nadie se enfade. Necesitaremos ya más contextos (espacios, profesionales, proyectos) para “guardar” niños. Sí. Un “guardar” que quiere decir facilitar seguridades, otorgar relaciones, vivir vidas enriquecidas, experiencias de descubrimiento y aprendizaje que muchos grupos familiares no pueden o no podrán dar. Tenemos que volver a pensar nuevos formatos, nuevos horarios, nuevas flexibilidades, nuevas formas de relación entre el conjunto de recursos para la infancia (desde el espacio para las madres adolescentes a la ludoteca). La escuela infantil tiene que volver a poner el énfasis en la compensación de las “impotencias” familiares y los vacíos educativos de los entornos educativamente empobrecidos.

II. SIGUE SIN VALER CUALQUIER ESCUELA

Dedicaré esta segunda parte a tratar de aclarar si el virus puede validar cualquier metodología educativa, cualquier organización de la escuela.

Silla, pupitre, mirada hacia delante

La pandemia nos ha cogido en medio de importantes y contradictorios debates sobre aquello que sirve y aquello que no sirve en educación, entre reflexiones colectivas sobre la innovación y la renovación educativa o el eterno retorno a los “principios básicos”. Teníamos y tenemos escuelas que viven del currículum y el programa. Teníamos y tenemos escuelas que trataban de hacer posible educar mediante el aprendizaje a partir de viejas y nuevas propuestas de educación activa, implicada, diversificada, personalizada. Estábamos en medio de las reflexiones y las prácticas para adecuar la escuela a un mundo complejo y cambiante.

Resulta interesante escuchar estos días los lamentos profesoriales por la “materia” que no podrá ser impartida y las quejas familiares porque sus hijos no estudiarán todo el “programa” previsto (¡la pandemia también ha hecho posible descubrir la inutilidad de buena parte del programa!). También ha vuelto la preocupación por las notas, la supuesta injusticia de valorar a todo el mundo por igual, la predominancia de las asignaturas, la necesidad de “recuperar”, las repeticiones... Algunas escuelas de pago han acabado haciendo escuela cada día, con el mismo horario y metodología, a distancia. Los padres pagan escuela y la escuela les da escuela para que no reclamen cuotas y no dejen de aprender aquello que hay que aprender. Imaginar la escuela del próximo septiembre significa imaginar cómo explicar y compartir con las familias la escuela necesaria, que para muchos de los padres ya era en gran parte desconocida y ahora han tenido que descubrir.

Pero, la imagen educativamente más dramática de estos días, reproducida a todos los medios de comunicación, con luces, colores y lugares diversos, ha sido la de las aulas “desconfinadas” que llegan o llegarán: la mitad de los pupitres vacíos, ocupación individual, todo el mundo mirando el adulto que explica en una pizarra (de tiza o de bits). Una imagen que da por hecho que la pandemia obliga a la seguridad de aprender individualmente, sentado disciplinadamente, interiorizando los mensajes de un adulto transmisor. En la medida que conforman (reafirman) el imaginario social, estas imágenes confirmarían que la escuela realmente ha sido infectada y va camino de morirse.

Qué era, qué será una buena escuela

Puede ser perfectamente una imagen para olvidar. La mayoría de los profesionales sabemos que la escuela no es esto y que aquello que antes definía una buena escuela no ha cambiado. Somos nosotros quien tenemos que pensar los nuevos formatos de aquella bondad intrínseca. Podemos hacer un repaso de las evidencias educativas más elementales y adaptarlas a los tiempos de los virus.

Pero, antes del repaso no estaría de más recordar que nuestra escuela es el lugar del pensamiento científico y que nuestro alumnado volverá perplejo por la cantidad de mensajes y relatos embusteros y perdidos que ha escuchado. También, que la escuela es el lugar para aprender a dudar y asumir la necesidad de buscar respuestas. Como que también han visto la relatividad cambiante de la ciencia, la escuela los ayuda a situarse en la complejidad y en la investigación de seguridades sucesivas (lo que significa que los adultos profesores también hemos aprendido a gestionar nuestras inseguridades y hemos renunciado a vender soluciones, a adoctrinar).

No hace mucho, para responder a la pregunta de si en la escuela todo valía escribí un resumen de evidencias que, si antes eran válidas, ahora no pueden desaparecer. Retomo algunas.

Sabemos que los aprendizajes, más allá de la adecuada metodología, se producen por la interacción entre alumnos y por la relación con una persona (maestro) que aporta saber y valora aquello que se aprende. La escuela no es una academia para la instrucción

individual. Como ya decía en la primera parte del artículo, podemos limitar las relaciones (tenemos que pensar cómo) pero se aprende en relación no en el aislamiento. No podemos renunciar al aprendizaje en grupo, a la agrupación de mesas, a considerar el grupo clase, valorar las dinámicas de grupo en la escuela. La separación física (en la escuela muy relativa y singular) no valida ningún retorno al aprendizaje aislado e individual como forma dominante.

El cierre podía haber servido porque muchos adultos (algunos poderes económicos) llegaron a la conclusión que no hay que tener maestros. Dichosamente, ha provocado el fenómeno contrario: una nueva y significativa valoración del trabajo de muchos maestros y maestras. Ahora, podemos volver a destacar que, en la infancia y la adolescencia, que los aprendizajes necesitan mediaciones adultas. Hace tiempo que sabemos que (fundamentalmente) no somos transmisores, pero si que conectamos con el saber, mantenemos la curiosidad por saber, ayudamos a integrar todo aquello que van aprendiendo y lo hacemos con criterios de rigor profesional. La escuela, el proceso de educar mediante los aprendizajes, requiere maestros. Necesita estos nuevos “profes” que no dejan de hacer de maestros.

Pero, la crisis vírica ha destacado que la ascendencia no necesariamente tiene que ser presencial. Ser un referente para que valoren que vale la pena aprender y saber tiene muchas dimensiones y no todas se dan en clase o a los pasillos. Estos días los buenos profesionales han construido relaciones “inalámbricas”, reconstruyendo las que en el día a día de la relación escolar tenían. Han demostrado a cada alumno, de múltiples maneras, que les interesaba su persona, su vida y que una parte significativa de ella pasa para aprender, descubrir cómo aprender, sentirse bien descubriendo cada día una parte de la realidad. La pandemia ha servido para valorar esta dimensión de nuestra tarea, para obligarnos a pensar cómo mantenerla, por no volver a pensar que es una simple cuestión de “la hora de tutoría”.

Ya sabíamos que aprender no es solo y principalmente un proceso racional, que aprenden cuando están presentes las motivaciones, las emociones, los afectos. Aprenden cuando las experiencias personales conectan con las científicas, cuando pueden emocionarse descubriendo. Quizás si alguna característica dominante tenemos de la experiencia de estos días es la inundación emocional en la que estamos inmersos. Ya no podremos volver a decir nunca *“me es igual como se sienten, ahora toca mates”*. Quizás tenemos que pensar ya en la “didáctica de los procesos afectivos de aprendizaje” (no olvidemos que, antes de la pandemia nos habían intentado meter en el lío de evitar que en la escuela educáramos para aprender a dar abrazos).

Vista la intensidad de las experiencias de estos días supongo que ya nadie negará que el aprendizaje funciona cuando está conectado con situaciones vitales auténticas del alumno, cuando se puede relacionar con los retos de la vida diaria de la sociedad, del mundo. Ni el máximo defensor del currículum planificado y acotado puede negar que la vida es la principal proveedora de argumentos para descubrir y aprender.

Supongo que la inundación de tareas por materias de la vida confinada de su alumnado que algunas escuelas han practicado habrá conducido, al menos, a la necesidad de

olvidar las asignaturas y pensar como integrar áreas de saber. ¿De que nos habrá servido todo el trabajo, por ejemplo, del retorno a la vieja experiencia del trabajo por proyectos o de integración con el entorno si ahora aceptamos discutir con cuántas asignaturas suspensas se puede pasar de curso?

Todo el alumnado ha tenido que pensar estos días en “el otro”. Las dimensiones de la convivencia han cambiado. ¿Por qué no pensamos seriamente las dimensiones colectivas del aprendizaje? La buena seño no solo ha demostrado interés a cada alumno, también ha compartido con todos ellos y ellas la preocupación de unos por los otros. ¿No ha llegado ya la hora del predominio de formas implicadas de aprender como por ejemplo el aprendizaje servicio?

¿Más aulas y más profesorado?

La imagen de la clase semivacía que mira a la pizarra ha venido acompañada de discursos oficiales sobre el retorno en una escuela que tendrá que desdoblar clases, dividir grupos. Anuncios oficiales que algunos grupos de defensa de las condiciones laborales ya han contestado pidiendo doblar el número de profesionales de las plantillas. También, han aparecido debates sobre si hacer escuela en dos turnos o en días alternos. La misma reacción que no paro de recordar desde el inicio del texto: pretender adecuar la vieja escuela a los nuevos condicionantes.

Pensemos. Tener que dividir un grupo clase tanto solo indica que posiblemente el grupo era demasiado grande para educar y enseñar de determinadas maneras. Tenían una masificación aceptable para hacer una determinada docencia pero que no permitía intentar otras maneras de dar clase. El virus ha puesto de relevo que existen otras formas de hacer aprender que el número de alumnos hacía muy difícil. El virus no lleva a hacer la misma clase de antes más relajadamente. No fuerza a buscar y remodelar espacios para convertirlos en una clase más.

Ahora, tenemos la oportunidad de modificar la lógica arquitectónica (no siempre la clase se hace en una clase). Tenemos la oportunidad de pensar para qué tipo de aprendizajes sirve la biblioteca, la cantina, el gimnasio y los pasillos perdidos. También descubrir que en el barrio existe una biblioteca, un centro joven, un centro cultural, un...Pensemos cómo dejan de ser territorios para hacer una salida y pasan a ser aulas diferentes, lugares de aprendizaje “curricular”, no de entretenimiento complementario. ¿No podríamos poner como obligatorio que todos el profesionales de la escuela tienen que hacer “clase” también en lugares que no son una “clase”? Me explican (desconozco la fuente) que, en diferentes países europeos especialmente sensibles en la educación infantil en medio de la naturaleza, esta obsesión no fue tanto solo producto de la renovación educativa sino un condicionante de territorios con edificios escolares destruidos por la segunda guerra mundial. Es un buen momento para recordar y practicar que la escuela no son las cuatro paredes de la escuela (especialmente ahora que no podemos estar todos dentro). La necesidad nos puede permitir consolidar y regularizar (entre los profesionales y entre las familias) la escuela que se hace fuera de la escuela.

¿Necesitaremos más profesionales? ¡Claro que sí! Pero no para replicar el modelo que tenemos y no solo maestros y profesores de los de siempre. Si la escuela pierde las paredes y sale y entra la vida, necesitamos más profesionales (mucho más abiertos) del oficio de enseñar y más profesionales de fuera, de diferentes recursos y servicios que también sepan educar mediante el teatro o las artes creativas o la vida entre naturaleza o la investigación social o... Pensar en duplicar plantillas y ampliar el número de aulas no parece una buena solución.

III. DE LA PANTALLA AL VERANO. DE LA SOLEDAD A LA ESCUELA

Esta última parte del texto trata de darles vueltas a las dos últimas reflexiones que proponía al comienzo (el universo digital y el acompañamiento educativo), así como sugerir algunas ideas por no cerrar la escuela confinada hasta septiembre.

Un rato ante el maestro y un rato ante la pantalla

Entre las imágenes curiosas y contradictorias que nos ha dejado la crisis vírica tenemos dos relacionadas con el universo digital en el que vivimos. La primera, de los inicios, representó el reflejo de un auténtico baño de realidad: resulta que no lo sabíamos, ¡pero vivíamos todos entre pantallas! La escuela (autoridades, familias y profesionales) refractaría a las tecnologías de la comunicación (simbolizada singularmente en las pretensiones de prohibir en su interior el smartphone) comenzó alocadamente a buscar si los alumnos tenían en casa ordenador, para poder seguir haciendo “escuela”. Aquello que había sido demoníaco se convertía en necesario.

La segunda imagen, ya actual, vuelve a ser de las que quieren prefigurar la escuela de septiembre. La escuela, dicen, será presencial y a distancia. Una parte del alumnado y del tiempo viniendo en la escuela y otra haciendo “conexiones”. Volvemos a la lógica de las sustituciones: aquello que no podemos hacer como lo hacíamos (covid 19 dixit) trataremos de hacerlo con otros medios. Definitivamente, las tecnologías de la comunicación penetrarán la escuela por resignación y como mal inevitable, entre profesionales que no siempre acaban de situarse entre ellas.

No hay que engañarse. Una clase insoportable es igual de insoportable en una pantalla y las pantallas no sirven para hacer lo mismo que hacemos en la realidad presencial. No necesitamos escuela a distancia. Necesitamos una escuela que reconozca el universo digital, virtual y en red en el que vive su alumnado, una escuela que reflexione sobre qué quiere decir enseñar y educar en este universo.

La crisis nos destaca que todo lo que no sea tener en cuenta cómo es hoy el acceso digital al conocimiento (la construcción del conocimiento a partir del acceso a la información), descubrir qué quiere decir vivir virtualmente y que significa estar conectado (híperconectados) no nos permite pensar cómo educar y enseñar de manera adecuada, construir la escuela de hoy. Y esto vale para el juego simbólico de la pequeña infancia y para la creación expresiva del adolescente de la ESO. No necesitamos

una escuela dual sino una escuela (un profesorado) que utiliza activamente todas las dimensiones de la relación y del acceso al saber.

¿Quiere decir que ahora la buena escuela solo tiene que ser digital? No. La escuela justamente es el lugar (el contexto no el espacio físico) en el que es posible combinar formas de aprender diversas, en el que las relaciones tienen una dimensión presencial y las formas de convivir son múltiples. La escuela, en ningún aspecto, tiene que ser una prolongación del mundo tecnológico no escolar. Pero, ni es un lugar atecnológico ni olvida que tiene que ser digitalmente crítica. Educamos para construir el bienestar digital.

El lío de las pantallas también ha hecho emerger las desigualdades sociales y su relación con la escuela. El debate no puede volver a ser tan simple como garantizar la educación en las competencias digitales. Hemos podido volver a comprobar que las desigualdades de origen (de apoyo y de clima familiar) determinan la relación con los aprendizajes y la relación con los usos de las tecnologías. Pensar la educación personalizada es pensar las formas como cada niño y adolescente se apropia de este mundo y como lo pone en relación con aquello que queremos que aprenda. Repartir ordenadores no basta. En el espacio de la escuela enseñamos a aprender en el universo digital y todo aquello que (como hemos comprobado estos días) descubren en el universo digital pasa a convertirse en aprendizaje al aula.

Existía y existirá la soledad entre dificultades

Se cerraron las escuelas. Aun así, nosotros no éramos los únicos profesionales que acompañaban sus vidas. De paso, también han desaparecido todas las atenciones y acompañamientos de profesionales que actuaban a partir de la escuela. Niños y adolescentes se han quedado sin escuela y sin la multiplicidad de recursos que educaban desde la vida y podían compensar una escuela a veces insoportable, una familia impotente o inexistente.

Pensar en las familias y en los barrios nos ha hecho descubrir dimensiones de la vida del alumnado a las que no siempre prestábamos atención. La crisis de todos parece que ha permitido iluminar las dificultades y carencias ignoradas de muchos. Solo hace falta que, volviendo a las imágenes iniciales, recordemos cómo de complicado ha sido el tema de las becas comedor. Y, si miramos el presente ya futuro, aparece la nebulosa de la pobreza y los niños. Intuimos que vuelven las fotos de los últimos años con madres buscando ayudas múltiples (para los libros, para las salidas, para sobrevivir).

Cuando vuelvan a la escuela tendrán que volver a tener a su lado presencial profesionales y recursos pensados para poder ser niños y adolescentes sin el lastre permanente de las dificultades de los grupos familiares. Ya no podrá volver a ser una cuestión que abordaremos en las comisiones sociales de la escuela. En algún texto reciente he propuesto que todo niño tenga un acompañamiento educativo mínimo garantizado. Y aquí aparecemos los profesionales de la escuela.

Vienen tiempos en los que hay que situar la escuela como eje de los recursos para atender a la infancia de cada territorio (¿recordáis los planes de barrio, de entorno?). Ahora, tendremos que hacer real la relación entre los profesionales de dentro de la escuela y los de fuera, de forma que quede claro quién es para cada niño su persona de confianza y referencia y quien está disponible, si hace falta, para la ayuda. Por eso, igual que los profesionales de la escuela, el resto de los profesionales socioeducativos y terapéuticos está tratando de reconstruir nuevas formas de relación con niños y adolescentes en situaciones de fragilidad y tensión. Tardaremos mucho volver a ser referencias significativas, fiables, si ahora se han sentido solos, sin poder comprobar que importaban a alguien más que a sus padres.

Ahora y especialmente para el futuro tenemos que pensar cómo hacer posible un conocimiento personalizado de cada alumno, de cada niño y adolescente a nuestro cargo. Esto quiere decir la observación sistemática personalizada, querer saber permanentemente de todo aquello que importa a sus vidas y entra con ellas y ellas cada día en el aula. Esto quiere decir que no nos dedicaremos a aplicar protocolos ni a descubrir indicadores de riesgo, sino a construir disponibilidades y acompañamientos flexibles, a demanda, garantizando que conocen, que tienen a su alcance, adultos en quienes confiar, en tiempos de calma y en tiempos de crisis.

Ahora, más que nunca, educar significa acompañar y para acompañar a cada uno de los niños y adolescentes que aterrizan en la escuela necesitamos compartir formas de estar a su lado, sin dedicarnos a discutir de quién es la competencia o el encargo o convertir toda dificultad en un problema específico (con diagnóstico y etiqueta).

¿I....en verano qué?

No querría acabar escurriendo el bulto sobre la cuestión de cómo pasar del confinamiento al inicio del curso 2020-2021. Sobre cómo acabar académicamente yo no me complicaría la vida: todo el mundo ha acabado el curso bien y está prohibido anotar en el expediente ningún desastre.

El problema es cómo hacer el salto entre las dos situaciones. Los chicos y chicas, niños y adolescentes, no pueden irse al verano (que será en buena parte vacío) sin haber reconectado con la escuela y todo aquello que para ellos y ellas significaba (tanto los que vivían la escuela en positivo como los que han vivido el confinamiento como una liberación escolar).

No discutiré sobre los días (siempre hemos tenido responsabilidades y actividad escolar hasta el 15 de julio), pero tenemos que organizar una escuela flexible en la que puedan venir, ni que sea por turnos, a hacer, cuando menos, el siguiente:

- a. estar con los compañeros y los maestros en los que confiaban, que forman una parte significativa de lo que es su infancia y adolescencia;
- b. poder comunicar, explicar, describir, trabajar el mundo que han vivido en su confinamiento y el mundo confinado que han descubierto;

- c. poder comunicarnos lo que han aprendido y cómo lo han aprendido; las nuevas formas de aprendizaje y los nuevos conocimientos;
- d. poder escuchar de nosotros, con pasión recuperada, por qué merecerá la pena volver a la escuela el próximo curso y aquello que pueden ir haciendo para aplicar en la vida aquello que habían aprendido en la escuela.

Podremos discutir y resistir las presiones familiares para que “no pierdan escuela” o su necesidad de liberarse de los hijos alguna semana si, sin discutir sobre las vacaciones de cada cual, ofrecemos aquello que consideramos sensato y necesario para los niños y adolescentes. Ofrecemos una preocupación educativa también para junio...o julio.

Todo aquello que las personas vivimos intensamente y que pone en crisis nuestras formas de vida no puede ser simplemente archivado. Y, recordemos: las ganas de volver a hacer escuela empiezan mucho antes de ir a la escuela.